

## Editorial

*“Nuestros países se caracterizan por ser exportadores de materias primas e importadores de valores culturales, mandamos cobre, nos llegan máquinas para sacar cobre, y claro, coca cola. Y detrás de la coca cola, toda una estructura de aspiraciones y pautas de comportamiento...”* Armand Mattellar

¿Existe una filosofía propiamente salvadoreña o no? Esa interrogante puede asaltar al lector de esta revista, cuyo eje temático gira en torno a “El Pensamiento Filosófico en El Salvador”, y esperamos que al adentrarse en su lectura encuentre la respuesta.

Si retomamos la cita del gran teórico de la comunicación Armand Mattellar, quien plantea que países como el nuestro básicamente exporta materias primas a cambio de valores culturales, visiones de mundo e ideas que más que nutrirnos nos quitan el ser, puede resultar desalentador, ya que podría caerse en el fatalismo y concluir fácilmente que poco o nada se ha hecho para forjar nuestra historia con pensamiento propio.

No obstante que algunos académicos nacionales no se atreven a afirmar que ha existido una filosofía propiamente salvadoreña, no dudan en plantear que sí han existido pensadores que han influido en nuestra realidad e impactado en la forma de cómo nos asumimos como nación.

Esta tesis es la que se intenta reflejar en esta publicación, pues a

través de los artículos podemos conocer el aporte de pensadores del Siglo XIX y XX, que retomaron la visión de filósofos tan dispares y trascendentes como Santo Tomás de Aquino, Marx y Engels, entre otros.

Intelectuales como Juan José Samayoa y Julio Fausto Fernández reflexionaron sobre la influencia de las corrientes filosóficas dominantes en su época, y a través de una lectura crítica hicieron sus aportes sobre la búsqueda de la construcción de nuestra identidad. En esa construcción no se puede obviar el aporte de personajes como Monseñor Romero o Ignacio Ellacuría, quienes dieron su visión de la filosofía desde los pobres, los marginados. El pensar y el actuar para transformar realidades injustas, sombrías y negativas.

Desde estas realidades latinoamericanas, centroamericanas, salvadoreñas, donde frecuentemente se escucha el dolor de gente con hambre, sin un techo, desnuda de los más elementales derechos humanos. Ante esto el intelectual, el académico, el filósofo, debe elaborar sus planteamientos cuestionando, sin temor de

ser acusado de pesimista o resentido social. Como bien lo plantea José Saramago “yo acabaría de una vez con ese debate del pesimismo y el optimismo... A mi me encantan los pesimistas, porque hay motivos más que suficientes para ser pesimistas toda la vida y, diría, los pesimistas son los únicos que tienen motivos para querer cambiar el mundo,

porque el mundo no está bien, por lo tanto quieren cambiarlo y mejorarlo. Los optimistas no. Ellos no hacen nada, están contentísimos...”

Ante ese escenario valdría la pena preguntarnos si se ha construido ese pensamiento filosófico con identidad nacional, el propósito pues es dejar abierto el debate.